



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 12233

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pts.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración: Mayor, 24

SABADO 23 DE AGOSTO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumartin, 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartré, 31.

LA PESCA

Nunca ha tenido Cartagena fama de que su puerto sea abundante en pesca; pero así y todo, no estaba aquél tan escaso de peces que no se entretuvieran los aficionados sacándolos a punta de caña ó á tirón de volatín.

Pero aquéllo pasó. Las pesquerías concertadas los sábados, con las ilusiones de rúbrica, pasaron á la historia. De aquello nada queda; y tenga por seguro quien quiera gozar de la grata impresión que se sufre cuando pica un pez, que sólo pescará un desengaño si sale á pescar.

La habia ha quedado desierta. Bajo la cristalina superficie del agua parece que no queda un ser viviente; y á poco que eso siga ocurriendo, el pescador de caña será un ser anacrónico, más para contemplado con estupefacción que para ser imitado en sus funciones.

Y es fatal, porque el apretamiento de la pesca llamaba á sí los días festivos centenares de trabajadores, arrancándoles de entre los hombros tantos inofensivos y más caros.

Los que alguna vez fueron aficionados á extraer del mar raspallones y magres, recuerdan lo que sucedía las mañanas de los días de fiesta: la plaza de Santa Catalina se llenaba de pescadores que iban á comprar la carnada y al salir el sol se llenaba el puerto de botes de pesca y no habia piedra de la costa que no estuviera ocupada por un pescador.

¿Por qué ahora no sucede lo mismo?

Vaya usted á saber... Persiste la afición; pero no quedan peces. Como si las aguas del puerto hubiesen variado de composición y está fuese contraria á la vida animal, apenas si se notan manifestaciones de la misma; pero tan escasas, que el que arrastrado por recuerdos de otros días pretende refrescarlos con la práctica, sólo pesca una rabieta segura amén de un probable tabardillo.

No hay pescador, por filósofo que sea, que á la media hora de estar con el arte en el agua no haya echado á rodar muchas cosas, comenzando por el buen humor. Como lo ha de tener el que va de la ceca á la méca probando puestas sin encontrar nunca lo que va buscando.

La despoblación del puerto la achacan unos á una causa, otros á otra. Nosotros no sabemos en lo que consiste, pero se nos antoja raro lo que ocurre. No parece sino que habia una cantidad de pescado y que se ha ido agotando á medida que se ha ido extrayendo.

Hay quien quiere encontrar explicación al fenómeno buscando la causa en las artes prohibidas; pero no debe tener razón quien discurre así, porque si están prohibidos no se consentirán.

Sin duda en varias ocasiones se ha visto pescar con aparatos de arrastre; pero eso nada dice. Se pescaba entonces; pero ¿se pesca hoy?

Lo peor del caso es que á los que se atreven á franquear el puerto les sucede lo mismo; se aburren de una manera atroz. Tampoco allí hay pescado aunque debiera haberlo; pero ocurre que se ha desarrollado la afición de matar el pescado con la dinamita. Y ya lo malan ¡vaya si lo malan! Como

que esos pescadores novísimos han dejado la mar perfectamente limpia.

El procedimiento no puede ser más irracional. Por el placer de sacar media docena de peces, sin trabajo alguno, se mata una cantidad grande, que á nadie aprovecha, y se espanta á los que por encontrarse algo alejados de la esfera de la explosión conservan la vida.

Eso debiera castigarse; mejor dicho, debiera aplicarse el castigo que señala el reglamento de pesca á los que hacen tan sensible daño.

Ya sabemos nosotros que hay el inconveniente del escaso personal que impide realizar la vigilancia con la eficacia que sería menester; mas sin embargo, algo puede lograrse si se pone atención con el propósito de que el abuso cese.

Cartagena se va quedando sin pescado y es preciso, por bien de la ciudad y por bien de los que viven de la pesca, que se remedie el abuso que queda indicado.

TIJERETAZOS

Allí va el título que puso ayer «El Español» á su artículo de fondo.

«La desconcentración.»

¡Recontra! Desconcentrémonos.

¡Y cuidado con que vuelvan á aparecer de nuevo en el horizonte político devotos del concentracionismo!

Sería cosa de hacer una ley que declarara fuera de la ley á los concentracionistas.

Yo, por mi parte, y por dar gusto á Muira que no puede ver ni en pintura la concentración, me desconcentro.

Dice un periódico poniendo en la frase la intención de un mirra:

«Dustó que doña Isabel II bailara un ri-

godón de llobit con el general Narváez, para que el glorioso vencedor de Africa — O'Donnell — creyera que habia llegado la ocasión de dimitir.»

Eso, amigo, eran otros tiempos.

Los de D. Quijote.

Ahora, en los de Sancho, no pueden pasar las cosas de la misma manera.

En San Sebastián se están organizando excursiones de automovilismo á varias poblaciones españolas.

En el programa no figura hasta ahora el lugar donde se verificarán los funerales en honor de los muertos que ocurran; pero sea el que sea, lo que urge es que se nos libre del peligro de que vengan por aquí los excursionistas.

Entérese de eso el Sr. Bruna y ponga el oportuno y saludable veto.

Bastantes peligros gozamos por acá.

Leemos:

«La policía y la guardia civil de Zaragoza, puestas de acuerdo, practican registros y otras gestiones en diferentes casas de la población, buscando pistas que lleven al descubrimiento de las expediciones de moneda falsa.»

Que haya un cadáver más, ¿qué importa al mundo?

Además ¿se sabe si hay moneda buena? Muchos lo presumen, pero no lo saben.

Dice un telegrama:

«El general Pacheco se ha sentido enfermo.»

Ha sido trasladado al hotel Quintanilla y se ha acostado.»

¡Caramba, qué imprudencia!

Y luego querrá ese general tener salud.

¡Acostarse porque se siente enfermo!

¡Si querría el corresponsal que comunicara la noticia que diese volteretas!

EL TRABAJO MANUAL ESCOLAR

SUECIA

Apenas hace un siglo que un sueco entusiasta por los ejercicios corporales, y muy

hábil en esgrima, supo producir una revolución en los métodos educativos de Suecia.

Era este patriota Pierre Henri Larf, nacido en Ljunga, provincia de Smolánd.

Fue soldado, maestro, poeta y regentador del pueblo escandinavo, mediante la gimnástica, que él basó en la Anatomía, en la Fisiología y en las leyes de la educación en general.

El pueblo sueco adquirió muy pronto entelidades de energía y vigor notables.

Lo que Ling comenzó con la gimnasia le está continuando hoy, mediante el trabajo manual escolar, otro célebre sueco, Monsieur Otto Salomón, cuyo nombre y el de su establecimiento de Nääs han de pronunciarse donde quiera que se hable de educación y de principios pedagógicos.

La Escuela Normal de Nääs, goza de una reputación universal.

Alemania, Inglaterra, Austria, Bélgica, Dinamarca, Filadelfia, Holanda, Italia, Noruega, Rusia, Suiza y los Estados Unidos de América han enviado allí sus comisiones de estudio.

Francia, gracias á las indicaciones de M. Salicis, ha sido una de las primeras en tomar esta medida.

En 1882 el ministro de Instrucción pública M. J. Ferry comisionó á tres profesores que han estado unánimes en proclamar en sus informes la eficacia de aquél método.

El espíritu pedagógico que le anima, la influencia educativa que ejerce, la relación íntima que guarda con la enseñanza en general constituyen en su favor una superioridad notable.

El método de Nääs comprende modelos que forman un todo completo y representa cada uno un objeto simple de utilidad práctica.

La construcción de estos modelos exige el empleo de un número crecido de útiles, desenvuelve la actividad de la mano, ejercita la vista, pone al niño al corriente de las principales operaciones y le inicia en las ideas de mas uso.

Ese método no tiene por objeto hacer aprender un oficio, sino el de preparar al alumno para todos los oficios y disponerle para el comercio de la vida.

Probad los Cognacs de HENRI GARNIER y C.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 58

A cada momento, el Pinzón volaba del patio hacia los vecinos, y *chocaba*, haciendo brillar sus pies desnudos al correr y comunicando á los de fuera la marcha de los sucesos en el aposento del músico.

Los fijos ojos de Kislakof miraban á Grigory; y aquella mirada muerta le aterró.

Orlof, á tres ó cuatro pasos del enfermo, se palpaba, no se sabe por qué, ambos lados, sintiendo como la opresión de una mano húmeda y fría que le estrangulaba. Y tuvo ganas de huir de aquella habitación, tan clara en otro tiempo, donde antes se hallaba tan bien, y en la que entonces se notaba una especie de olor mohoso, que le subía á la garganta, un extraño frío.

—Bueno,—trató de comenzar,—pensando en retirarse.

Pero la faz gris del enfermo se agitó extraordinariamente; sus labios, cubiertos de negra espuma, se entreabrieron, y dijo con voz débil:

—¡Es que... yo muero!

La indiferencia profunda, la apatía inexplicable de aquellas cuatro palabras repercutieron en la cabeza y en el pecho del zapatero como cuatro fuertes golpes. Con un gesto estúpido volvióse hacia la puerta; pero de pronto entró el Pinzón, con un cubo lleno de agua en la mano y cubierto de sudor.

—Aquí la tenéis... Del pozó de los Spiridonof... Las fieras no querían dármele...

Depositó el cubo en tierra, se precipitó hacia un ex-

IX

Don, público, que se agitaba ante la casa, salió una voz.

—¡El zapatero!

Este se aproximaba sobre el *puccante* de un furgón cubierto de blanco, cuyos caballos galabán un *hombro* lúgubre, también vestido de blanco.